



Ana y la Ciudad de los Colores

Elisa Poveda





En la Ciudad de los Colores vivían muchos niños y niñas, cada uno con un color favorito y un miedo diferente. La ciudad era un arcoíris de casas, árboles y flores, donde la alegría se pintaba en cada esquina.



Ana amaba el color azul, el color del cielo y del mar. Pero a Ana le daba mucho miedo la oscuridad; siempre necesitaba una pequeña luz para sentirse segura en su habitación. Por la noche, abrazaba fuerte a su osito de peluche azul, llamado Azulín.



Una noche, mientras leía un cuento antes de dormir, la luz de la habitación de Ana parpadeó y se apagó. Todo quedó en penumbra y un escalofrío recorrió su espalda. Azulín, su osito, parecía mirarla con ojos grandes y preocupados.



Ana se acurrucó bajo sus sábanas azules, sintiendo el corazón latir muy rápido. Intentó encender la lámpara de noche, pero no funcionaba. La oscuridad de la habitación parecía crecer y llenar cada rincón.



De repente, Ana escuchó un suave rasguño en su ventana. Con mucho valor, se asomó un poquito y vio un pequeño lucero brillante que la llamaba. Era una luciérnaga mágica que parecía entender su miedo.



La luciérnaga, con su luz intermitente, le hizo señas para que la siguiera. Ana, aunque asustada, sintió una chispa de curiosidad. Se deslizó fuera de la cama, sujetando fuerte a Azulín, y abrió la ventana.



La luciérnaga la guio por el jardín, iluminando el camino con destellos suaves. Ana descubrió que la oscuridad no era tan aterradora cuando había una pequeña luz que la acompañaba. Las sombras de los árboles parecían bailar en lugar de asustar.



Llegaron a un claro donde otras luciérnagas bailaban en el aire, creando un espectáculo de luces. Ana se dio cuenta de que la oscuridad solo era la ausencia de luz, pero que la luz siempre estaba cerca, esperando ser encontrada.



Las luciérnagas formaron un círculo alrededor de Ana y Azulín, iluminando sus caritas. Ana se rió, su miedo se había transformado en asombro y alegría. Se dio cuenta de que tenía el poder de encontrar la luz dentro de sí misma.



Ana regresó a su habitación, ya no con miedo, sino con una sonrisa. Encendió su propia luz interior y, aunque la lámpara seguía sin funcionar, la habitación ya no parecía oscura. Se acurrucó con Azulín, lista para soñar con cielos azules y luciérnagas brillantes.